

No olvide usted
que será

PRONTO

el primer aniversario de
La Novela Semanal
Cinematográfica



Con tal motivo
le preparamos

**¡UNA SENSACIONAL
SORPRESA!**

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 53

25 cts.



**CONTRA
VIENTO
Y MAREA**

por
Léon Mathot
FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º 53

Contra viento y marea

por **LEÓN MATHOT**

Adaptación cinematográfica de la novela de
:: :: Midship, por René Leprince :: ::

Pathé Consortium Cinéma

Concesionarios :: Vilaseca y Ledesma
Paseo de Gracia, 43 - Barcelona

Argumento de la película de dicho título

Santiago Averil y Pedro Formil eran dos
excelentes amigos; ambos, disfrutando de des-
ahogada posición social.

Una de las pasiones favoritas de los dos jóvenes eran los paseos de recreo marítimos, en los cuales, á veces, solían invertir unos días.

Al regresar á un punto de la costa donde se habían hecho mandar la correspondencia, Pedro, por negarse Santiago á saltar á tierra, fué solo á buscar las cartas á casa de la señora Gardame, y por cierto que había algunas.

Por casualidad Santiago releía en aquel momento una carta que le enviara su padre algún tiempo atrás, que decía así:

"...No es probable que te veas nunca obligado á ganarte la vida. La fortuna que te ha dejado tu madre ha de serte suficiente. Por lo mismo me complace verte trabajar, ya que no es bueno, por ningún concepto, vivir ocioso.

Te abraza con el mayor cariño, querido Santiago, tu padre, que mucho te quiere.

Raimundo Averil."

Esta carta dió mucho que pensar aún á Santiago, y hubiera ido lejos con sus reflexiones si Pedro no llegara entonces, entregándole su correo.

—¡Valiente vida; ahí tumbado! ¿Qué dejas para la noche? Toma, hombre sin corazón: esa es tu correspondencia.

Entre los sobres había un telegrama que Santiago abrió y leyó casi á un tiempo. El parte era portador de malas noticias:

"Su padre gravemente enfermo. Sin esperanza. Detalles correo."

La carta con detalles anunciada en el telegrama debía también haber llegado, por hacer

ya días que se había recibido aquél durante la ausencia de Santiago. En efecto, éste reconoció la carta que podía ser fatal ó prometedor del restablecimiento de su padre. Fué lo primero; véase:

"Sr. D. Santiago Averil.

Muy Sr. mío: El telegrama ha dado á V. la primera noticia. Su padre se ha suicidado y yo creo que la causa de tan extrema determinación son los negocios de la Banca que, á juicio mío, no están perfectamente claros.

Las fluctuaciones de los cambios y la quiebra de algunos Bancos han provocado este desastre..."

El dolor de Santiago no tenía consuelo. ¡Era inconcebible para él que su padre hubiese muerto en condiciones tan trágicas!

Pedro esforzóse, como buen amigo suyo, en hacer comprender á Santiago que no había remedio y que por lo tanto era por demás su desespero; y terminó con este consejo:

—¡Valor, amigo! A mal tiempo, buena cara. Ya sabes que en la vida, como en el mar, hay que luchar «contra viento y marea».

En seguida trasladóse Santiago á la casa de sus mayores en París y sin demora tuvo lugar en su presencia una entrevista entre el notario, el liquidador judicial y Clemente Harpier, armador de Paimpol, un buen amigo de la infancia de su padre, que le brindó la misma amistad que tenía con el difunto.

Además de los mentados señores, se hallaba en el despacho del infortunado banquero un tal Richard, accionista de la Sociedad de las

Sulfateras de Islandia, la última empresa acometida por la Banca Averil.

Santiago, que fué presentado al citado accionista por don Clemente, le tuvo compasión, pues en realidad aquel hombre estaba arruinado irremisiblemente, y le daba mayor lástima al oír las lamentaciones que le dirigía:

—¡Islandia!... ¡Yo lo creí de buena fe!... ¡Yo confié á su padre todas mis economías!... ¡Estoy arruinado!... ¿Qué va á ser de mi pobre hija?

El liquidador judicial y el notario, con un plano á la vista, escuchaban las declaraciones de don Clemente, resumidas así:

—Asesorado por un técnico, Averil me compró estas tres parcelas de terreno, adquiridas por mí, en otro tiempo, en Islandia... Esas tierras, sin valor, jamás han tenido azufre.

Al oír esta revelación que ponía en evidencia la ruinosa empresa que su padre había formado y de la cual, naturalmente éste, hasta su muerte era responsable, Santiago se transfirió en parte el arreglo del asunto, cediendo, en beneficio de los acreedores de su padre, toda la fortuna que su madre le dejó.

Don Clemente, admirado, elogió mucho su bondad.

—¡Eres un buen hijo! Vente á mi casa y en ella reharás tu fortuna. No tengo ningún hijo y me hace falta una persona de confianza que me ayude.

Y Santiago, una vez liquidada la situación dejada por su padre, partió y se atuvo á la oferta de empleo de don Clemente para soliciárselo en su oficina. Llegaron á un mutuo

acuerdo, por lo que don Clemente notificó á Santiago:

—Según tu deseo, embarcarás el sábado, hijo mío. Ve á ver á tu barco. Llévate tu petate; yo iré á verte á bordo.

..

Apenas puso pie en el barco, Santiago tuvo el primer contratiempo: le recibió, de muy mala gana, el grumete, quien, escupiendo groseramente, como si cuantas más ordinariéces hiciese le aproximaran más de parecer un hombre, avisó á un tripulante, de horroroso despotismo; el aludido, apareciendo, escuchó á Santiago, analizándole desde la cabeza hasta los pies.

—Vengo de parte del señor Harpier. Embarcaré con vosotros mañana por la mañana... como marinero.

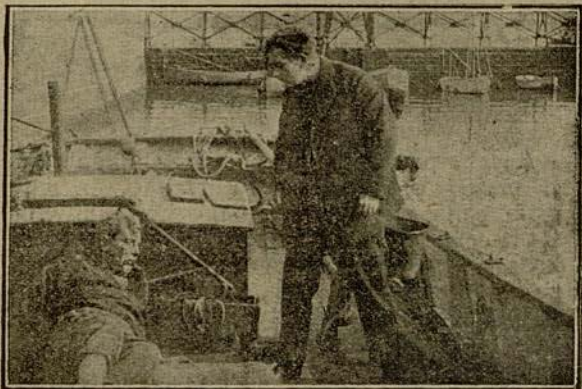
—Pero, ¿es que me quieres tomarme el pelo? ¡Lárgate de aquí, pero deprisa! ¡Andando, marinero de agua dulce! O te marchas ó te tiro de cabeza al mar.

Santiago insistió por ser atendido, no logrando más respuestas que provocativas palabras, hijas de la necia envidia del tosco tripulante por el apuesto... nuevo marinero; entonces perdió su serenidad habitual y demostró, sir-

viéndole una pequeña lección al mal educado, que se equivocaba si lo juzgaba inofensivo como un pez de colores. En vista de ello, el agrío tripulante no le dijo más que esto:

—¡Bueno!... ¿Es verdad que embarcas mañana como marinero?

—¡Ya te lo dije!



... y demostró, sirviéndole una pequeña lección...

—En ese caso ya puedes guardar tu pellejo... ¡Cuando estemos en alta mar!...

Santiago no hizo caso de la bravata del vencido, cuando el grumete, más *sociable* que antes, conquistadas sus simpatías por el valor del desconocido, se le acercó y le dijo muy quedo:

—No se fie usted de él. ¡Ha matado ya á un marinero!

—Agradezco tu aviso, muchacho... ¿Cómo te llamas tú?

—Guillot... Ese hombre, al que ha pegado usted, es el hijo del capitán y se llama José Manzé.

—Bien... Voy á prevenir á ese peligroso sujeto que se calce conmigo... ¡Eh! ¡José Manzé!... ¡Ahl! Por fin acudiste... Había de decirte que yo embarcaré mañana por la mañana; pero quiero que sepas desde ahora mismo que si levantas la voz ó la mano te machaco la cabeza.

José miró á Santiago con ira profunda y luchaba contra sí por no abalanzarse sobre él con mal instinto...

La marcha de los pescadores tuvo lugar á la mañana siguiente.

Algunos días después, Santiago, todavía novato en la ruda vida del marinero, olvidábase de sus sufrimientos por efecto del frío ó de las maniobras, puesta la fe en vencer todos los obstáculos.

El grumete Guillot, que apreciaba á Santiago como si éste fuera su hermano mayor, tenía ciertas atenciones para con él, una de ellas consistente en traerle de vez en cuando alguna colación en su punto medio para que con ella calentara su cuerpo agradablemente.

José, en su deseo de venganza, buscó á comprometer á Santiago delante de la tripulación, y del mismo capitán, un viejo sin energías para nada, segando la cuerda de una vela que iba suelta en el palo mayor (porque él la había soldado). Hecha esta operación preliminar de

su triunfo, advirtió á Santiago que la repetida vela no estaba sujeta y preguntóle, con acento burlón:

—¿Eres tú quién la ha izado?

Pero Santiago comprendió la mala partida de la bestia de José, y sin atender á más que á la rectitud de su conciencia, con la misma cuerda, que, como era de esperar, partióse á la menor presión, abofeteó, también delante de todos, el rostro antipático del infame, á la par que le dijo:

—¿Eres tú el que ha cortado la cuerda y quién ha estropeado esta polea? ¿Qué piensas tú de esto?... ¡Arriba las manos, granuja! Arrímate á ese mastil. ¡Vas á sufrir tu castigo!

El capitán y algunos tripulantes querían interponerse, mas no lo hicieron porque Santiago los amenazaba con su revolver y porque ya eran dos los que, más osados, queriendo dominar su fiereza, se arrojaron sobre él, siendo derribados, é impuso á José el castigo prometido, justificándose debidamente alegando que se trataba de un caso de legítima defensa.

Luego, permitiéndose hacer tal cosa contando con el apoyo del armador, don Clemente, que había depositado en él toda su confianza, se nombró él mismo capitán del barco, pronunciando estas palabras:

—¡De hoy en adelante, aquí mando yo!

Cuando el «Cab Gaulois» regresó, la tripulación no obedecía más que á Santiago, el verdadero «amo» á bordo.

Santiago, que hacía muy buenas migas con el abnegado grumete, aceptó acompañarle á su casa para conocer á su madre.

—Es Santiago Averil, un buen amigo mío. Después de la visita de éste, el grumete, besando mil veces á su madrecita, la dijo, refiriéndose á Santiago:

—Ese es quien ha enderezado á Manzé. ¡Es todo un hombre! ¡Yo le quiero mucho!

..

Santiago hacía la misma vida de los pescadores, perdida toda noción de quien realmente era. Podía decirse de él que el hombre civilizado había muerto.

Don Clemente, en vista de este estado de cosas, le fué á ver en un tabernucho donde se hallaba con la gente del mar.

—Tengo que hablar contigo Santiago.

—¿Qué quiere usted decirme ahora?

—Estoy muy contento de tus servicios á bordo, pero no quiero que te embrutezcas. ¡Tú vales más que estos!... Te vas á quedar en mi despacho... Saldrás con el pesquero para tu último viaje.

Días después, Santiago, capitán del «Pourvoyeur», salió á la pesca del atún.

En alta mar, durante las maniobras de la pesca, ocurrió un fatal accidente: Guillof, el grumete, que presenciaba esas maniobras á tres pasos de Santiago, su querido amigo, fué

cogido por los pies por una cuerda y aparatadamente llevado por dicha cuerda á la bobina donde mecánicamente se arrollaba, quedando pegado á ella con el rostro infantil ensangrentado.

Santiago, que no pudo evitar la desgracia, recogió al pobre grumete y ante la consternación general de los marineros y pescadores lo llevó á su litera.

—¡Guillot!... ¡Guillot!... ¿Te sientes mal, pequeño?

Casi imperceptiblemente, el muchacho contestó, suplicante:

—¡Me muerol... ¡Prométame usted enterrarme en Islandia!

Manzé, el tirano de á bordo antes de llegar Santiago, y terrible enemigo de éste, quedóse pasmado al ver el inmenso cariño que se profesaban el grumete y el capitán, y llegándole al alma la muerte del pequeño, lloró, sí, lloró con mucha amargura.

Santiago dió seguidamente la orden de que pusieran rumbo á Islandia para, cumpliendo su última voluntad, desembarcar al grumete.

El entierro de Guillot fué efectuado en la primera costa de Islandia que divisó el «Pourvoyeur», previa declaración de la filiación del muerto á un pescador del lugar para que éste diera parte á las autoridades, á la sombra de una roca gigantesca que Santiago, por la esposa del pescador en cuestión, supo que se llamaba La Roca de Utild.

Mientras los marineros que formaron la dolorosa comitiva construían la fosa para depositar en ella el cadáver, Santiago sentóse en

una roca de la que sus manos, nerviosas como todo su ser al recordar, una vez más desde que ocurriera, el imprevisto accidente, extrajeron una piedra que contempló un instante por no parecerle vulgar, guardándosela en un bolsillo.

Santiago, en persona, fué quien llevó la trágica noticia á la madre de Guillot... y puede suponerse el dolor de la pobre anciana.



La muerte del solo ser por el cual Santiago había demostrado un afecto real, le decidió á marcharse á París, y aquí fué á ver á su amigo Pedro Formal, á su despacho:

—Lo primero dame la dirección de tu manicura, de tu sastre y búscame un piso amueblado. He venido á París por un mes.

Pedro, para festejar el regreso de Santiago, organizó una cena hasta allá, y después de una noche «estrepitosa», (no eran sólo hombres) en el piso amueblado de Santiago, el día siguiente despertó á Pedro para poner ante sus ojos unas escenas que inducían á la risa ó á la lástima. En efecto, las dos «amiguitas» que Pedro, á pesar de ser *Formal*, llevó á la fiesta, dormían pesadamente en unos sillones. En cuanto á Santiago, también dormía, más có-

modo que las «amiguitas», tendido en una «chaise longue», boca arriba, abrazado á una botella que contuvo champaña.

Pedro quiso poner un poco de orden al desorden aquel, y empezó por las «amiguitas», sacudiéndolas para que se despertaran.

—¡Ya es hora de que las personas decentes se recojan!... ¡Vámonos á acostar!

Santiago no se movió... pues estaba en su casa... y siguió soñando... entre otras cosas, con el infeliz abnegado grumete...

Una de las «amiguitas» de Pedro despertó á Santiago, pues, no hallando por ninguna parte el zapato que le faltaba, supuso que por quererle gastar una broma, él se lo había escondido ó guardado.

—Si es porque está usted enamorado de mí, por lo que me ha quitado usted el zapato, se lo perdono... y le espero en mi casa esta tarde á las cuatro... Tomaremos el té...

Santiago volvió á dormirse al quedar completamente solo en su piso amueblado.

Poco después, una señorita entraba, algo medrosa, en la habitación donde estaba Santiago. Esa señorita conocía ya la casa, pero no al durmiente que sus ojos á la fuerza habían divisado en la «chaise-longue».

Por el desorden que había en los muebles... y los restos en pie de los cuatro cubiertos del festín, la señorita se imaginó el motivo del fuerte sueño de aquel caballero desconocido por ella... y á través de su rubor una sonrisa, brotada espontáneamente, abrió sus gráciles labios.

Como la referida señorita iba allí con un

motivo, era forzoso no volverse en balde por el respeto del reposo de la única alma viviente que se veía en la casa... y adoptó el discreto sistema de toser á intervalos á una prudencial distancia, hasta que Santiago abrió los ojos. Los abrió, sí; pero los volvió á cerrar casi al mismo tiempo, diciendo, tomando probablemente á la señorita —á quien no había visto ni por asomo —por la mujer de faenas:

—Haga lo que quiera, menos ruido; ¡tengo sueño!

Y tras un brusco cambio de posición en la «chaise-longue», Santiago reanudó el rítmico compás de su cuerpo vencido...

La señorita se sonrió más... y tosió de nuevo hasta que, al fin, dándose por aludido, Santiago incorporóse en su lecho circunstancial, volvió la cabeza... y la vió.

Al principio, Santiago presentó repetidamente sus excusas á la dama por el recibimiento que le había hecho, pero á medida que iba extendiéndose en el terreno de aquéllas, fueron menos graves sus palabras, adquirieron un tono de simplicidad de amigo, y el hecho de sentirse Santiago algo en uno de sus bolsillos y sacar del mismo un zapato de mujer, desbordó el recato de ambos desconocidos, provocándoles á sonreirse el influjo de la malicia que todos llevamos dentro de nosotros.

Pero la señorita no tenía ningún interés en prolongar aquella situación, de breves instantes, por supuesto, y expuso, como sigue, á Santiago, el motivo de su visita:

—La puerta estaba abierta y me he permiti-

tido entrar. Le traigo al señor Vaissiere un trabajo que me encargó.

—El señor Vaissiere está en Italia, señorita. Yo le he realquilado el piso.

—¡Ahl Yo no sabía... pero... ¿sabe usted su dirección?

—El amigo que me ha realquilado este piso la debe conocer. Si usted quiere puedo acompañarla á verle.

La señorita no vaciló mucho tiempo en aceptar la amable compañía de Santiago, que parecía un buen muchacho, además de saber ser agradable, y previo toque de éste en sus vestidos y en su rostro... para borrar los inconvenientes de una cena inmoderada... marcharon juntos hacia la oficina de Pedro Formal.

Pedro no pudo tampoco complacer á la señorita, y ésta, revelando la contrariedad sufrida con la tristeza de su cara, alejóse, sola, del despacho de aquél.

Santiago, comprendió lo que le sucedía á la señorita aquella; era lo siguiente: el inquilino real del piso que él había realquilado, el tal Vaissiere, debió encargar á esa señorita unas copias á máquina, con el producto de cuyo trabajo contaba ella, y no se preocupó, antes de marcharse al extranjero, de mandarle un recado. Santiago, dijimos, comprendió todo eso; salió á seguirla y, alcanzándola, la dijo:

—Perdone, si la molesto... He sabido lo que mi amigo ha contestado á usted, y de veras siento que no hayamos podido ni él ni yo serle agradables... El señor Vassiere se ocupa, según creo, de asuntos literarios... Yo también

soy escritor... ¿Quiere usted que desayunemos juntos como buenos amigos y compañeros?

—No sé qué debo contestarle... Lo cierto es que no le puedo dar un *desaire* después de haberse usted portado tan atentamente conmigo.

—De modo que acepta usted. ¡Bendita sea! En un *restaurant* coquetón, celebraron la señorita desconocida y Santiago un delicioso «*tête-à-tête*».

—Perdóneme usted: soy un hombre de muy pocas palabras y muy poco habituado á hablar con señoritas.

Ella pareció indicarle que dudaba de la verdad de lo que él acababa de decirle; y por este motivo Santiago la dió esta explicación:

—No me juzgue usted por las apariencias, Hice anoche lo que hice por seguir la broma.

—Le creo á usted.

—No he conocido el cariño y la ternura de una madre.

—Ni yo tampoco. Tenía dos años cuando murió la mía.

Una nube, afortunadamente fugaz, cubrió el cielo de la dicha de aquella primera entrevista, sumiendo á los dos jóvenes en una profunda tristeza...

Después de esta pausa de evocación sentimental, Santiago, fervientemente admirado del carácter de la señorita... de dulce mirada, inició la batalla decisiva:

—Tendría mucho gusto en volver á verla á usted.

—Me ha de permitir usted que lo piense.

Esta última fué la inmediata respuesta de la señorita, que acto seguido se levantó de la me-



—¡Arriba las manos. granuja!

sa para marcharse. En efecto, la conversación tomaba un rumbo inesperado...

La señorita dejó olvidado su monedero encima de la mesa del *restaurant* y Santiago, *indiscreto por amor*, lo abrió y sacó de él una tarjeta que decía así:

MARIA RICHARD

Calle de Juan Rolland, 1

Montrouge

¡Ah! ¡Por fin sabía que la simpática señorita se llamaba María!... y además tenía las señas de su domicilio. ¡Ya no podía pedirse más!

*
**

Santiago, por la tarde, fué á devolver á la «amigueta» de la cena de la víspera, el zapato que la «casualidad» había puesto en su bolsillo.

En casa de esa «amigueta», que se llamaba Coral, vió Santiago á un agente de negocios, el señor Rehingold, á quien lo presentó ella.

Las cosas hicieron que Santiago enseñara al agente de negocios la piedra hallada en Islandia, y éste emitió su opinión:

—Yo no me equivoco nunca. ¡Esto es malaquita!

—¿.....?

—¿Qué cuánto puede valer? ¿La tonelada?

—.....

—La malaquita no se vende por toneladas. Sin embargo, tiene bastante valor.

Ocultando la emoción que le habían producido las palabras del negociante, Santiago despidióse de él y de Coral, y regresó al piso amueblado para reflexionar...

Otra grata sorpresa le reservaba el destino á Santiago, y ésta era la visita de María.

Santiago, al verla, se acercó á ella, como si la hubiese estado esperando, y exclamó:

—¡Tengo una excelente novedad que comunicar á usted! ¡Un golpe de suerte! ¡Voy á ser rico!

—Tanto mejor para usted... ¿Quiere tener usted la bondad de devolverme mi portamonedas?

—Es verdad... Aquí está... También quiero que sepa que voy á escribir á mi armador pidiéndole una prórroga de mi permiso... ¡porque la amo á usted!

—Haga usted el favor, caballero... Veo que hice mal de aceptar su invitación. Cometí una imprudencia. No haga usted que me arrepienta de ello.

—¡La amo; he de repetírselo y además he de decirle que sé donde vive!

—¡.....!

—¡Sí; me he permitido abrir su portamonedas! ¡María, mi amor, hágame usted feliz!

María quiso huir... previendo un desagradable final de la amistad apenas principiada, pero Santiago la apresó en sus brazos y co-

metió torpemente una vileza: besó á María en los labios á la fuerza.

Ofendida hasta el último rincón de su ser, María marchóse de la casa de Santiago, mientras éste, devuelto por la razón á la calma, se arrepentía de su inicuidad.

Entretanto, el agente de negocios Rehingold y un compañero de profesión, conversaban en un café, en presencia de Coral, muy «amiga» del primero.

—¡Formal ha caído en la trampa! ¡Le hemos endosado nuestras acciones de las Sulfateras de Islandial!

Coral les interrumpió:

—Imbéciles—les dijo.—Vosotros sois los que habéis caído en el lazo. Lo que él ha hecho ha sido rescatar los títulos para su amigo Santiago Averil... porque Santiago ha descubierto malaquita, como Rehingold sabe, y no le conviene repartir las ganancias...

—Coral tiene razón—exclamó Rehingold.—Yo no caí en eso. Es cierto que Santiago ha hallado malaquita en Islandia y que explota á el filón con el menor número posible de acreedores de su padre... Es preciso evitarlo...

—Yo os ayudaré—manifestó Coral—pero el negocio va por los tres.

—De acuerdo.

Santiago hacía sus maletas para partir en seguida, cuando Coral fué á verle.

—¿Se iba usted á marchar sin despedirse de mí?

—Se trata de un viaje repentino...

—Y ¿á dónde va usted? ¿A Islandia?... ¡In-



—Es verdad... Aquí está... También quiero que sepa...

grato! Piense que fué en mi casa donde supo usted el valor de las Sulfateras.

—Me marchó á Paimpol huyendo de París...

¡No quiero sucumbir á la tentación!

—Yo sé más de lo que usted se figura de sus proyectos.

—¿Qué dice usted?



—¿Se iba usted á marchar sin despedirse de mí?

—¡Hasta la vista, Santiago!

Santiago, no dando importancia á lo dicho por Coral, se trasladó al despacho de su amigo Pedro.

—¿Has logrado algo?

—Siguiendo tus instrucciones, he rescatado las acciones que tenían Mortier y Rehingold. En cuanto á ese buen hombre de quien me ha-

blaste, ha muerto; pero tendré esta misma tarde las señas de su heredera, una pobre muchacha.

—Hasta luego, pues.

Antes de marchar, quiso Santiago obtener el perdón de María, para lo cual se tomó la libertad de solicitarle una entrevista en el propio domicilio de ella, por medio de la dueña del piso del que María había realquilado una habitación.

María accedió, pues no era rencorosa y sobre todo porque no creía á Santiago malo.

—Ruego á usted de nuevo que olvide todas mis tonterías y que me permita llamarme su amigo.

—¿Cree usted, de verdad, que debo olvidarlo todo?

—Sí, María; tuve un momento que yo mismo no sé cómo calificar... Reconociendo mi culpa le demuestro á usted que soy sincero y que tengo conciencia.

—Que el olvido se lleve pues lo que no nos gusta que exista... Y ya que quiere usted ser mi amigo, déme un consejo: se me ofrece una pequeña fortuna... diez mil francos... Haga el favor de enterarse de esta carta...

Santiago leyó lo siguiente:

“Señorita:

Debe usted poseer cien obligaciones de las Sulfateras de Islandia, suscritas por su señor padre en la Banca Averil. No ignora usted, seguramente, que no tienen ningún valor, porque dicha Sociedad dió quiebra.

Encargado de la liquidación de dicho negocio,

ofrezco á usted 2000 francos por los mencionados títulos.

Suyo affmo.

Pedro Formal."

Por lo visto María era la hija del hombre arruinado por el padre de Santiago, de la que Formal había podido conocer su dirección.

La impresión producida por la realidad que truncaba bellas esperanzas cortó, por unos momentos, el habla á Santiago. ¡El padre de María—huérfana y desamparada—era aquel anciano que oyó gemir en el despacho de su padre el día de la entrevista judicial, y con quien cambió algunas palabras! ¡Pobre hombre! ¡Había muerto del disgusto! ¡Pobre hija! ¡El único medio de vida era su trabajo de copias á máquina!

Por fin, Santiago, disimulando, contestó:

—Hablaba usted de una cifra de diez mil francos y á lo que veo no son más que dos mil.

—Hay otra carta, además de la que usted á leído... Véala usted.

Santiago enteróse del contenido del segundo escrito, de Rehingold y su socio:

"Señorita:

"Estamos dispuestos á comprar á usted las cien acciones de las Sulfateras de Islandia por la suma efectiva de diez mil francos".

Santiago comprendió la combinación de Rehingold (recordando la amenaza de Coral, «amiga» del negociante), y contestó así á María:

—Me ha pedido usted mi opinión. Para dár-

sela es necesario que me ofrezca seguirla ciegamente sin pretender averiguar el porqué hasta ver el resultado.

—Le prometo atenerme á su consejo.

—Envíe usted las obligaciones á mi amigo Formal y no las venda hasta dentro de un mes... Me Marcho de París para un viaje muy largo... ¡Adiós!

—¿No volverá usted á París?

—...¡Nosotros no debemos vernos más!... ¡Soy el hijo del banquero que arruinó á nuestro padre!

Esa revelación fué un golpe tremendo para el corazón de María... El amor, cual soplo de brisa, hufá...

..

Sin perder momento Santiago vióse de nuevo con Pedro á quien puso al corriente de lo que se figuraba iban á hacer Mortier y Rehingold en vista de que, contrariamente á lo que se decía en Bolsa, las minas de Islandia podían ser verdad toda vez que Santiago había hallado, sin buscarla, una muestra de pura malaquita, indicio de una fortuna considerable.

—¿Me has comprendido? Yo salgo esta misma noche para Islandia. Es necesario que me

adelante al técnico que Mortier y Rehingold piensan seguramente enviar allí. En cuanto encuentre el filón, te enteraré, telegráficamente, de su importancia.

Al día siguiente, salió el bergantín para Islandia.

Y unos días después, tras de numerosas voladuras de rocas é investigaciones, en donde



Al día siguiente, salió el bergantín para Islandia.

hallara Santiago la malaquita, éste dijo á la tripulación del bergantín:

— ¡Inútil insistir; estoy seguro! ¡Ha sido un viaje en balde!... ¡En marcha!

Era el fin de una bella ilusión.

Seguidamente puso el siguiente cablegrama á su amigo Pedro,

“No existe filón. Saludos.

SANTIAGO.”

Pedro Formal, después de recibidas amplias noticias de Santiago, llamó á su despacho á María, que acudió presurosa.

— La he rogado que viniera á verme, señorita, para comunicarle que he recibido de los señores Mortier y Rehingold un cheque de noventa mil francos?...

— Si... ya lo veo... Pero...

— No tenga usted el menor escrúpulo, es una restitución porque esos dos hombres son los autores de la quiebra de la Banca Averil. He aquí por qué he hecho este negocio.

Pedro dió á leer á María esta carta:

“Binic, 22 Noviembre.

Querido amigo Pedro: Ya estoy de regreso, y ¡en qué estado! Mi sueño se desvaneció ante la roca de Utild. La veta de malaquita es insignificante.

Vende en seguida, lo mejor que puedas, los títulos de la señorita Richard.

Hazlo antes que Mortier y Rehingold se enteren de la verdad.

Dame noticias de ella con toda urgencia, pues cada día la quiero más, tal vez porque no me está permitido amarla.

Tuyo, como siempre,

Santiago.”

Esta carta confirmaba á María el amor inmenso de que era objeto por parte de Santiago y, venciendo escrúpulos ilegítimos, abrió de nuevo su corazón á la esperanza. Y ba-

jando sus lindos ojos al suelo y arrebolándosele el gentil rostro, María preguntó á Pedro:

- ¿Me permite usted conservar esta carta?
- No tengo inconveniente...
- Muchas gracias...

María iba á guardar esa carta en su portamonedas, pero, pareciéndole mejor otro sitio,



Esta carta confirmaba á María el amor...

se la escondió en su pecho... para tenerla más cerca de su corazón.

El deseo de ver á Santiago llevó á María á la oficina de su armador, á quien solicitó hablar.

—Soy la señorita Richard, señor, y desearía ver inmediatamente á Santiago Averil. Se trata de un asunto particular y extraordinariamente urgente.

Don Clemente, el armador, *vió* el motivo de la urgencia de María en hablar con Santiago, y contestó:

—¿Quiere usted que le hable con franqueza? ¡Va usted á hacer una tontería! ¡Está hecho un borracho! ¡Un desgraciado!

—¡Por Dios, señor!

—¡Ja, ja, ja! No se asuste usted: fué una broma para enterarme de lo que quería saber. En pago del mal rato que le he hecho á usted pasar, tendré el honor de acompañarla hasta donde, en este momento, se halla Santiago.

Don Clemente condujo á María hasta el puerto y allí la puso en buen camino para que hallase por sí sola á Santiago.

Santiago estaba triste. Todas sus ilusiones se habían roto despiadadamente. María le arrancó de su ensimismamiento.

—Vengo á dar á usted las gracias, Santiago.

—No las merezco, María.

—Merced á usted he recuperado parte de la fortuna.

—Le ruego que no me hable de ello...

—...Y he pensado en casarme.

Santiago miró entonces fijamente á María. ¿Había dicho que iba á casarse? ¿Ella? ¿Con quién?

Y en los ojos, en los labios, en las 'manos, inquietos, suplicantes de María, leyó Santiago la verdad; María le contestaba: "*Contigo*".

FIN.

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

Próximo número:

No me olvides

por la monísima Bessie Love

Sentimental novela de dos expósitos
que el destino separa

Postal - fotografía:
Charles Hutchison

Salen todos los miércoles.

Precio 25 cts

¿Ha logrado usted adquirir nuestra
preciosa novela n.º 51 extraordinario
La Rosa de Nueva York?

Talleres gráficos E. VERDAGUER MORERA
Topete, 2 al 16 — Tarrasa

La novedad anunciada por LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA con motivo de su primer aniversario, ha de causar asombro a los más exigentes, que es decir mucho.

De modo que, queridos lectores, si no tienen ya al día la colección de nuestras novelas, les interesa hacerlo para llenar de postales el álbum que regalaremos.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Números publicados

1, No hay juegos con el amor (3 ediciones). 2, El Valle Florido. 3, Amor de madre. 4, La Virgen de las Rosas. 5, La culpa ajena. 6, De hombre a hombre. 7, Una mujer. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario). 9, Desinterés. 10, El Hábito. 11, Jimmy Sansom, El Aventurero. 12, La primera novia. 13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada). 14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada). 15, La tormenta. 16, Flor de amor. 17, La Pantera Negra. 18, Bajo dos banderas. 19, Corazón de lobo. 20, Sueños juveniles. 21, El mundo y la mujer. 22, Corazones humanos. 23, El premio gordo. 24, La desconocida. 25, Robin de los bosques (extraordinario). 26, La Verdad Desnuda. 27, El octavo no mentir. 28, Cleo la francesita. 29, La hija del pasado. 30, La chica del taxi. 31, La hija de los traperos. 32, El príncipe escultor. 33, Llovido del cielo. 34, Mujeres frívolas. 35, Al calor del hogar. 36, Sapho. 37, Directo de París. 38, Lo que vale una mujer. 39, El Valle de los Gigantes. 40, La sombra del padre. 41, Madame Morland (extraordinario). 42, Un juego peligroso. 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso. 45, El delincuente. 46, La hija del arrabal. 47, El rancho del oro. 48, El falsario. 49, De los confines del silencioso Norte. 50, Entre hielos. 51, La Rosa de Nueva York (extraordinario). 52, El precio de la belleza. 53, Contra viento y marea.

Postal-fotografía:

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Bianca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Pom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy.